

In Memoriam



Gabriel Toro González

El 24 de febrero pasado murió en Bogotá, a los 92 años, el médico y académico Gabriel Toro González. Vivió una vida llena de eventos y realizaciones. Nació en Concordia, Antioquia, terminó sus estudios de secundaria en Fredonia y los de medicina en Bogotá, en la Universidad Nacional de Colombia. Se especializó en anatomía patológica en la misma universidad e inmediatamente después en neuropatología, gracias a una beca en la Universidad Carlos de Praga, la más antigua y una de las más prestigiosas de Europa Central.

Su carrera profesional, muy fructífera, la desarrolló en su universidad, la Universidad Nacional, y por un largo tiempo, en forma simultánea, en el Instituto Nacional de Salud de Colombia. En diversas épocas prestó servicios como asesor, profesor y patólogo en otras facultades y hospitales del país. Fue fundador y miembro de la Sociedad de Patología de Bogotá, de la Asociación Colombiana de Neurología, de la Sociedad Colombiana de Neurobiología, de la Sociedad Colombiana de Parasitología y Medicina Tropical y varias más. En el Instituto Nacional de Salud fue nombrado investigador emérito y en la Universidad Nacional, profesor emérito. Fue miembro de número de la Academia Nacional de Medicina, de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de la Academia de Medicina de Medellín. Recibió múltiples premios y distinciones en Colombia y el exterior. Sus publicaciones, artículos, capítulos y libros son innumerables y generó con ellos un gran impacto en la comunidad científica y en sus numerosos estudiantes.

La hoja de vida del Dr. Toro es, así presentada, impresionante, pero yo quisiera comentar algunos aspectos de su vida profesional y personal, aquellos que no se publican en las hojas de vida, pero que describen mejor su carácter y personalidad. Tuve el privilegio de ser su vecino de oficina en el Instituto Nacional de Salud durante muchos años y mantuve con él una relación amistosa, que me atrevo a decir fue algo protectora por su parte y me permitió a mí conocer anécdotas suyas y logros significativos.

Su viaje a Checoslovaquia y sus estudios en la Universidad Carlos de Praga marcaron su labor por toda la vida. Una universidad que fue inaugurada en 1349, y protegida por varios emperadores ‘Carlos’, debió ser extraordinariamente solemne y estirada para un joven, como él, de origen campesino antioqueño. Me cuesta trabajo imaginarlo hablando checo o alemán con el acento antioqueño que nunca perdió en castellano. Contaba historias de su viaje en compañía con otros dos estudiantes colombianos de una disciplina totalmente distinta: los directores de teatro (en aquel entonces, apenas actores incipientes) Santiago García y Pepe Sánchez. Del primero decía que era serio y riguroso en su formación, el segundo, según parece, volaba más fácilmente detrás de “amores peregrinos”. El Dr. Toro debió ser muy juicioso, porque en los tres años de estudios de su súper especialización logró convertirse en la máxima autoridad de la neuropatología en Colombia y en un pionero indiscutible de su campo.

Fue colega, amigo y colaborador de Daniel Carleton Gajdusek, premio Nobel de Medicina de 1976, y lo invitó a eventos en Colombia y en el Instituto Nacional de Salud donde nos lo presentó. Gajdusek recibió el nobel por un descubrimiento revolucionario. Estudió en Nueva Guinea una enfermedad que aquejaba a algunas personas de la tribu Fore. La enfermedad la llamaban Kurú; la tribu Fore

practicaba el canibalismo ritual y quienes consumían el cerebro presentaban algo que parecía una infección, que demoraba años y a veces decenios en manifestarse como una demencia senil grave. Los estudios lo llevaron a proponer (con Stanley Prusiner, otro Nobel) que el ‘agente infeccioso’ era una proteína endógena, sin ningún material genético, que llamaron prión. Un tipo de ‘virus’ no convencional en extremo.

Se encontraron algunas otras enfermedades de comportamiento parecido; por ejemplo, Gabriel Toro estudió el síndrome de Creutzfeldt-Jakob en pacientes colombianos. En este caso también se desarrollaba la demencia senil grave muchos años después de un evento posiblemente infectante. Era muy difícil demostrarle una relación de causa efecto a estos eventos, pero el Dr. Toro logró recolectar una gran cantidad de evidencia en casos colombianos.

Su trabajo muchas veces parecía ser el de un detective policial que recoge evidencias de eventos remotos para descubrir lo que había pasado. Los colegas patólogos a veces bromeaban preguntándole “si entre los 25.000 casos que había revisado el día anterior” había encontrado algo sospechoso. Era una exageración, pero no estaba tan lejos de la realidad. Tenía el Dr. Toro una extraordinaria capacidad (sumada a una gran laboriosidad) para encontrar en archivos y colecciones de casos, las pistas que lo llevaban a resolver un misterio.

Recuerdo una presentación en el Instituto Nacional de Salud, en uno de los rutinarios seminarios del viernes a las 11 am (que añoro), sobre la asociación muy fuerte que encontró entre una cirrosis hepática particular, de mucha gravedad, y el uso de extractos de árnica consumidos oralmente. El árnica es una planta tradicionalmente usada como medicinal en muchos ungüentos, y hay quienes la preparan en extractos. Sus evidencias eran tan fuertes y tal su persistencia en difundir la advertencia que, creería que evitó con este trabajo mucha enfermedad y sufrimiento.

Recuerdo también sus trabajos sobre algunos efectos esporádicos de la vacuna antirrábica en personas a las que fue aplicada. La vacuna en esos tiempos era en verdad un preparado muy crudo de macerados inactivados de cerebros de ratón infectados con virus de la rabia, y además se aplicaba un número muy grande de dosis. La enfermedad era tan grave que el riesgo de tal vacunación se justificaba. Pero, gracias a sus advertencias se logró mejorar las preparaciones y reducir al mínimo posible el número de aplicaciones.

Su labor como editor también fue notable. Hubo libros de su especialidad (recuerdo uno muy bellamente editado con su colega Gustavo Román) y, muy apreciado por mí, un libro extenso sobre la historia del Instituto Nacional de Salud cuando este cumplió 80 años de fundado (en sus orígenes como Laboratorio Nacional Samper Martínez) y recibió la cruz de Boyacá. Este libro, que ojalá fuera más valorado en el futuro como la historia de una verdadera epopeya de la ciencia en el país, fue escrito por muchos autores, todos trabajadores del instituto, y editado por Gabriel Toro, Jorge Raad y Carlos A. Hernández.

La Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales le otorgó el premio a la obra integral de un científico en el año 2009. Para el estudio de su candidatura se recogieron sus publicaciones, y recuerdo que ocuparon cinco muy gruesos (realmente muy gruesos) volúmenes. Acá solo me resultó posible mencionar algunos hechos anecdóticos, y de memoria.

Debo mencionar a su familia que siempre fue motivo de gran orgullo para él: su esposa Gladys y sus hijos Tatiana y José Antonio. Jugaba ajedrez razonablemente bien (requisito importante para pertenecer al laboratorio de patología del INS), leía mucho y era un conversador inteligente, interesante y divertido. Alguna vez tuve la oportunidad de visitar a la familia en su finca de La Vega, donde él se dedicó, en algún momento de la vida, a restaurar y proteger pequeños bosques nativos.

Siento que en este obituario estoy dando una visión necesariamente muy limitada de su compleja personalidad, seguramente hubiera sido necesario integrar muchas otras visiones y experiencias para hacerle real justicia. Dejó huellas muy importantes en quienes lo conocimos y tuvimos la suerte de ser sus amigos.

Moisés Wasserman

Académico honorario ACCEFYN

Toro, G., Hernández, C.A., Raad, J. (1998) Instituto Nacional de Salud-1917-1997: una historia, un compromiso, Instituto Nacional de Salud. <https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/IA/INS/instituto-nacional-de%20salud-1917-1997.pdf>